
LA ACTUALIDAD DE LA PAIDEIA GRIEGA DESDE EL ESTUDIO DE LA LITERATURA Y LA FILOSOFÍA CLÁSICA

CÉSAR GARCÍA GARCÍA

RESUMEN:

Las obras de Homero, Sófocles y Platón son referentes ineludibles en el estudio de la *paideia*. La *paideia*, no era sólo “crianza física”, sino el más alto ideal educativo de los griegos: enseñanza del honor y el respeto; cualidades morales y éticas; amonestación educadora, consejo constante y guía espiritual; así como formación del hombre mediante el cuidado de un hombre ya formado. El supuesto de esta investigación es que la actualidad de la *paideia*, no sólo reside en la interpretación de las obras de la literatura y la filosofía griega clásica, sino en comprender que todo ideal de hombre también es un *ideal educativo* sobre el que se asienta la civilización.

PALABRAS CLAVE: pedagogía, crianza física, *paideia*, *areté*.

INTRODUCCIÓN

La *Paideia* es una síntesis de ideas pedagógicas que se originaron en Grecia, cuna de nacimiento de la Pedagogía. En ninguna otra cultura apareció la palabra “pedagogía” más que en el mundo occidental, y específicamente en la Grecia clásica de los siglos VI a.c. en adelante.

Algunas de las ideas pedagógicas de la *paideia* las encontramos en *Las tragedias de Esquilo* (los 7 contra Tebas), donde significaba “crianza de los niños”; pero la parte que nos interesa es más antigua, y es aquella donde toma su más alto sentido de *areté*, y que se ve reflejada en el pensamiento y en las obras de: Homero, Sófocles, y Platón. Para dar cuenta de este supuesto recurrimos a la perspectiva metodológica de la hermenéutica (Cfr. Gadamer, 1988), cuyo principio básico es la interpretación y comprensión del texto.

PAIDEIA Y ARETÉ EN LA ILÍADA Y LA ODISEA

Homero, es una de las referencias obligadas en la literatura pedagógica. Él, según Jaeger (2006), es considerado el educador de toda Grecia a través de sus dos epopeyas: *La Ilíada* y *la Odisea*. Los cánticos de la *Ilíada*, no sólo describen 10 años de guerra entre los aqueos y los troyanos, y la *Odisea* no sólo describe el regreso de la guerra de los héroes y la vida en la paz, sino la construcción de una base humana sobre la que se edifica la civilización griega, y posteriormente la cultura occidental. Y ahí, en la *Ilíada* y *la Odisea* aparece el concepto pedagógico que más nos importa, el de la *paideia* como *formación del hombre*.

En la *Ilíada* la guerra es un tema central, y el más alto sentido de lo humano es *la areté*. Los hombres que tienen *areté* son seres valerosos que buscan el combate, consiguen la victoria, y el respeto. El primer poema de esta epopeya (La peste y la cólera) comienza precisamente con la cólera de Aquileo (Aquiles) ante la acción del rey Agamenón, quién le quita a Brisaida. Sin la ayuda de Aquileo, los aqueos se enfrentan a los troyanos, y continúan la guerra seres valerosos. Entre los aqueos se encuentran hombres como: Odiseo (Ulises), Ayante (Ajax), y el mismo Menelao. Así en el canto V (Aristía de Diómedes) en medio de cruenta batalla, suenan recurrentemente las voces de estos personajes: “¡Oh amigos; ¡sed hombres, mostrad que tenéis un corazón esforzado y avergonzaos de parecer cobardes en el duro combate;” (Homero, 1999a: 108). *Sed hombres*, es una dura batalla donde lo que se encuentra como medio y como fin es *la areté*, o sea: la valentía, el respeto y el honor.

Sólo a través del sentido de *la areté* es que podemos entender posteriormente el enfrentamiento, entre Aquileo y Héctor. El enfrentamiento entre ambos era francamente desigual, ¡era una lucha entre un semidiós y un mortal! Aún así, Héctor se enfrenta a Aquileo y pierde la vida. Pero a cambio, los dioses y los hombres le reconocen su tributo y su gran valor, su *areté*. Esa es la razón por la cual toda Troya le llora, y por la cual el padre de Héctor besa la mano de Aquileo para pedirle le regresen el cuerpo de su amado hijo y le hagan los respectivos *hombres*. Esa es la razón por la cual aqueos y troyanos se disputan en

cruenta batalla el cuerpo sin vida de Patroclo, gran hombre por quien también los aqueos derraman lágrimas inconsolables.

El concepto de *areté* es usado con frecuencia por Homero para designar la excelencia, la superioridad humana, *lo noble*. Dice Jaeger, “La *areté* es el atributo propio de la nobleza” (Jaeger, 2006: 21). La nobleza es superioridad ganada “los griegos consideraron siempre la destreza y la fuerza sobresalientes como el supuesto evidente de toda posición dominante” (Jaeger, 2006: 21). El vigor, y la salud, la lucha y la victoria, la bravura militar, la hombría (el valor), el sentimiento del “deber”, el honor, el respeto, son todos ellos componentes de la *areté*. La epopeya de la *Iliada* refleja con sumo detalle esta idea de *areté* como virtud guerrera, el espíritu heroico, “y encarna el ideal de todos sus héroes” (Jaeger, 2006: 32).

En la misma epopeya, sin embargo, hay otras ideas pedagógicas de gran estima y que aparecen bajo la figura de: el anciano Néstor; y Félix, protector de Aquileo. En el canto IX (*embajada a Aquileo*) aparece un diálogo entre Menelao y Néstor, el anciano reconocido por su valor de juventud (su *areté*), respetado por su conocimiento y escuchado por todos los aqueos.

Néstor es quien aconseja y organiza una embajada a Aquileo, donde no sólo considera los agradables presentes que propone el Rey Agamenón, sino que manda a los más esclarecidos hombres (Ayante, Odiseo, y Félix, un anciano respetable igual a Néstor) a apaciguar la cólera de Aquileo. Finalmente, la embajada, resulta infructuosa. Odiseo no logra persuadirlo, y entonces aparece la intervención de Félix que pronuncia estas palabras:

[...] si piensas en el regreso, preclaro Aquileo, y te niegas en absoluto a defender del voraz fuego las veleras naves, porque la ira penetró en tu corazón, ¿cómo podría quedarme sólo y sin ti, hijo querido? El anciano jinete Peleo quiso que yo te acompañase el día en que te envié desde Ftía a Agamenón, todavía niño y sin experiencia de la funesta guerra ni del ágora, donde los varones se hacen ilustres; y me mando que te enseñara a hablar bien y a realizar grandes hechos. [...] Y te crié hasta hacerte cual eres, oh Aquileo, semejante a los dioses, con cordial cariño; y tu ni querías ir con otro al banquete, ni comer en el palacio, hasta que, sentándote en mis rodillas, te saciaba de carne cortada en pedacitos, y te acercaba el vino. ¡Cuantas veces durante la molesta infancia me manchaste

la túnica en el pecho con el vino que devolvías; Mucho trabajé y padecí por tu causa, y considerando que los dioses no me habían dado descendencia te adopté como a un hijo (Homero, 1999a: 163,164).

Los oídos sordos de Aquileo frente a Félix no nos interesan, lo que más nos importa es la idea de la *paideia* leída en ese momento a través de la figura de Félix. Ahí la *paideia* parece poseer tres sentidos pedagógicos imbricados: el primero, como “crianza” en la infancia, (hacer a Aquileo, cual es); el segundo sentido, “como enseñanza”, (enseñar a hablar bien a Aquileo y que éste realice grandes hechos); y el tercero, “como *areté*”, es decir, como virtud guerrera y espíritu heroico. Estos sentidos de la *paideia* aparecen a lo largo de la *Ilíada*, pero adquirirán una forma más clara en la *Odisea*.

En la *Odisea*, la *areté* va a emerger con nuevos atributos de “cualidades morales y espirituales” (Jaeger, 2006: 22). En parte, como significaría para los poetas nuevos, de la Grecia “una nueva imagen de hombre perfecto, para lo cual al lado de la acción, estaba la nobleza del espíritu, y en la unión de ambas se hallaba el verdadero fin” (Jaeger, 2006: 24).

En *La Odisea*, se presenta “El motivo del retorno del héroe, el *nostos*, que se une de un modo tan natural a la guerra de Troya, conduce a la representación intuitiva y a la tierna descripción de su vida en la paz [...] La *Odisea* pinta la existencia del héroe tras la guerra, sus viajes de aventuras y su vida familiar y casera, con su familia y amigos [...]” (Jaeger, 2006: 33).

La *areté* en la *Ilíada* en parte es aristocrática, pues pertenece a una forma privilegiada de guerreros. Sin embargo, la *areté* en la *Odisea* trasciende por las maneras y las conductas distinguidas y colocadas en la más alta estima social; o sea, las bases mismas de la civilización.

Los protagonistas en la *Odisea*, “Tienen algo más de humano y amable; en sus discursos y experiencias domina lo que la retórica posterior denomina *ethos*. El trato entre los hombres tiene algo netamente civilizado. Así lo vemos en la discreta y segura presentación de Nausica ante la sorprendente aparición de Odiseo, desnudo, náufrago e implorando protección, en el comportamiento de

Telémaco con su huésped Mentos, en la hospitalaria acogida al famoso extranjero y en la indescriptible y cortés despedida de Odiseo al separarse de Alcinoos y su esposa, así como en el encuentro del viejo porquerizo Eumeos con su antiguo amo, transformado en mendigo, y en su conducta de Telémaco, el joven hijo de su señor.” (Jaeger, 2006: 34).

La aristocracia en la *Odisea*, aun cuando parece ser una clase cerrada, con fuerte conciencia de sus privilegios, de sus dominios, sus finas costumbres y maneras de vivir, emerge la *areté* más humana en sus protagonistas y en un escenario distinto a la guerra. La *paideia* en la *Odisea*, recorre, desde la amonestación educadora de Mentos, el consejo constante y la guía espiritual.

En el primer cántico de la *Odisea*, cuando Odiseo intenta regresar a su tierra, su esposa (Penélope) y su hijo (Telémaco) no saben de él. Por tanto, no pueden rendirle ni honores, y su casa no se encuentra ya sino llena de angustias, pena, y los pretendientes de Penélope afuera de la casa de Odiseo, gastándose su riqueza. Ahí, Atenea, bajo la forma humana de Mentos (Mentor), un viejo similar a Néstor o Félix, le dice a Telémaco: *no debes vivir como un niño tienes demasiada edad para ello*. Ahí, la *Paideia*, en los años de juventud de Telémaco es “amonestación educadora”, originada por una situación (la ausencia de su padre y el cortejo nupcial a su madre) y encaminada a su más alto sentido humano de *formación*.

Nuevamente Mentos le dice “¿Por ventura no sabes cuánta gloria ha ganado ante los hombres el divino Orestes desde que mató al parricida, el doloso Egisto, que le había asesinado a su ilustre padre? También tú, amigo, ya que veo que eres gallardo y de elevada estatura, sé fuerte para que los venideros te elogien” (Homero, 1999b:33).

Finalmente Werner Jaeger le llama a esta presencia de la *paideia Telemachou paidea*. Según él “en esta *Telemachou paideia* no falta ningún rasgo esencial: ni los consejos de un viejo amigo experimentado; ni el influjo delicado y sensible de la madre temerosa y llena de cuidado para su único hijo y a lo cual no será conveniente consultar en el momento decisivo, porque no sería capaz de

comprender la súbita elevación de su hijo, largo tiempo mimado, sino más bien de frenarlo con sus temores; ni la imagen ejemplar de su padre perdido, que actúa como un factor capital; ni el viaje al extranjero, a través de cortes amigas, donde entabla conocimientos con nuevos hombres y nuevas relaciones; ni el consejo alentador y la benévola confianza de hombres importantes que le prestan su ayuda y entre los cuales halla nuevos amigos bienhechores; ni la prudencia protectora, en fin, de una fuerza divina que le allana el camino, y le tiende benignamente la mano y no permite que perezca en el peligro” (Jaeger: 2006: 45)

LA PAIDEIA EN LA TRAGEDIA DE ELECTRA

Sófocles vivió en el siglo V y escribió 123 tragedias, pero sólo siete tragedias completas se conservan. Y de ahí, la que nos sirve para recuperar la *Paideia*, es *La tragedia de Electra*. Los personajes en *Electra* son: Clitemestra, viuda de Agamenón y casada con Egisto (el amante y asesino); Electra, Orestes, Crisótemis, hijos de Clitemestra y Agamenón (esposo asesinado por Egisto, el posterior amante); el pedagogo, Ayo, anciano de la casa de Agamenón; Pilades, personaje mudo, amigo de Orestes; una doncella, dos criados etc. La tragedia de *Electra* no nos interesa *per se*, sino en el sentido de la aparición de un personaje central en la pedagogía clásica: el pedagogo.

El pedagogo en *Electra* es un Ayo, un anciano. Pudiera pensarse que éste parece tener las características de un servidor o criado, pero su papel es más importante. Así se puede entender cuando el pedagogo, le dice a Orestes (hijo de Agamenón y hermano de Electra): “ [...] Este es el palacio de las Pelópidas, tan visitado del dolor donde en otro tiempo yo te libré del cuchillo que mató a tu padre, recibíendote de las manos de tu querida hermana; yo te salvé, y yo te he ido formando hasta este punto de tu vida, en que vas a ser el vengador de tu padre asesinado” (Sófocles, 1963: 245).

El inicio de la tragedia la empieza el pedagogo. Y Orestes, remarca esta idea pedagógica: “¡Ah, tú, el más fiel de los servidores; ¡Cuán a las claras nos estás

probando tu ingénita lealtad para con nosotros; Como caballo de noble raza que, aún viejo y todo, a la hora del peligro no desmiente su antiguo brío, y yergue empinadas las orejas, así nos empujas a nosotros tú. Y a ti mismo te pones en primera fila [...]” (Sófocles, 1963: 24).

La *Paideia* en *Electra* aparece en la figura del pedagogo, éste a lo largo de la obra adquiere varias formas pedagógicas (mensajero o consejero), pero en ningún momento pierde los primeros caracteres de *areté* que ya se han descrito: respecto, sabiduría, inteligencia, valor, fidelidad, nobleza.

LA PAIDEIA EN LOS DIÁLOGOS DE PLATÓN

Ahora bien, para completar una idea más amplia del significado de la *areté* como una de las ideas más elevadas de la *Paideia*, podemos referirnos a dos de los *Diálogos* de Platón: *Protágoras o los Sofistas* y *Del Menón o la virtud*.

En *Protágoras o los sofistas*, Sócrates, el maestro de Platón y personaje principal de los diálogos, aparece haciendo acto humilde de su ignorancia y deseo de saber (característica del filósofo de su tiempo) y empleando su único método de conocimiento, la mayéutica. En el principio del Diálogo Sócrates reconoce la belleza (su inteligencia) de Protágoras (el gran sofista), pero le reprocha a Hipócrates su deseo de poner “su alma” en dicho sofista con el firme deseo de volverse “hombre elocuente” (Platón, 1968: 78). El punto de partida de Sócrates es que la virtud “no puede ser enseñada y que no depende de los hombres comunicar esta ciencia a los demás” (Platón, 1968: 82). Mientras que la postura de Protágoras es la contraria: “Es preciso que todos se persuadan de que estas virtudes no son, ni un presente de la naturaleza, ni un resultado del azar, sino fruto de reflexiones y de preceptos, que constituyen una ciencia que puede ser enseñada” (Platón, 1968: 85). Y continúa “todas estas virtudes pueden ser adquiridas por el estudio y por el trabajo” (Platón, 1968: 85)

La batalla, si lo decimos así, la gana Sócrates. Sin embargo, sólo desarma la retórica de Protágoras, pero no nos da mayores elementos para comprender qué es la virtud o *areté*. Tenemos que pasar a otro de sus diálogos, *Del Menon o la*

virtud, para poder discernir sobre esa idea pedagógica que era central en la filosofía griega.

Del Menón o la virtud comienza con una pregunta esencialmente pedagógica: “Menon.- ¿Podrás, Sócrates, decirme si la virtud puede enseñarse; o si no pudiendo enseñarse, se adquiere sólo con la práctica; o en fin, si no dependiendo de la práctica, ni de la enseñanza, se encuentra en el hombre naturalmente o de cualquier otra manera?” (Platón, 1968: 200)

El punto de partida parece un camino sin salida o un juego del lenguaje que se enrosca en sí mismo para comprender-se. Sin embargo, Sócrates da referencias claras sobre lo que es la virtud. Él dice: “por la virtud nosotros somos buenos porque también somos útiles, (Platón, 1968: 211). Pero vuelve a su postura original, “la virtud no es una ciencia, por tanto no puede enseñarse (Platón, 1968: 218); y llega al punto medular que nos interesa: “la virtud no es natural al hombre y que no puede aprenderse, sino que llega por influencia divina a aquellos en quienes se encuentra, en conocimiento de su parte” (Platón, 1968: 219). La virtud dice Sócrates a Menon: “viene de un don de Dios a los que la poseen” (Platón, 1968: 219)

Las cosas aparentemente no son claras, pero teniendo como antecedente las lecturas de *La Ilíada* y *La Odisea*, podemos darnos cuenta que existen resabios, de la *areté* como se definía en *La Ilíada*: una “cualidad sobrehumana”, divina, que sólo era adquirida por los hombres como Don. Esa es la razón por la cual Sócrates afirma que no es una ciencia (o conocimiento), que pueda ser enseñado como las demás artes. Y el meollo del asunto radica ahí: la *areté* no puede ser enseñada (como conocimiento), pero sí puede ser aprendida (p.e. como, experiencia interna-subjetiva y por decirlo con nuestro lenguaje pedagógico moderno).

Que la *areté* no pueda ser enseñada ya no es una contradicción como “tarea” pedagógica, sobre todo si se comprende, que el tipo ideal pedagógico-educativo que aparece en la literatura y filosofía griega es: un proceso educativo interno, subjetivo, individual, de *construcción de lo humano* mediante ciertas cualidades o

virtudes necesarias para la vida de los hombres en la tierra (fuerza, coraje, valentía). Pero también, la construcción de un *ethos*, una “buena convivencia”: respeto, honradez, sabiduría, inteligencia, fidelidad, nobleza, belleza. Esta segunda dimensión es un proceso sistemático de “influencia externa y conducción”.

Finalmente, el concepto latino de “educación”, también trae aparejadas estas dos dimensiones interno-externo de la formación humana, bajo los conceptos de *educere* y *exducere*; pero el sentido pedagógico educativo primigenio de formación humana, sólo puede rastrearse, insistimos, en la literatura y la filosofía griega. Su estudio serio aún puede denotar que los clásicos siguen alumbrando nuestro presente.

CONCLUSIONES

El más alto sentido pedagógico educativo de la *paideia* sirvió para construir la civilización griega. El ideal pedagógico-educativo que se dibuja en la literatura y la filosofía griega clásica también era un ideal de humanidad. Paradójicamente, la actualidad de la *paideia* se encuentra en re-considerar que la idea de lo que somos (y queremos ser), también es, forma parte o se fundamenta en un ideal educativo.

BIBLIOGRAFÍA

- Gadamer H. G. (1988). *Verdad y Método*. Salamanca: Sígueme.
- Homero (1999a). *Ilíada*. Buenos Aires: Losada.
- Homero (1999b). *Odisea*. Buenos Aires: Losada.
- Platón (1968). *Diálogos*. México: Porrúa.
- Sófocles (1963). *Tragedias*. México: Ediciones Ateneo.
- Werner Jaeger (2006). *Paideia: los ideales de la cultura griega*. México: FCE.